

CARTAS SOBRE LA MESA

PARA RECONVENIR A CÉSAR AIRA

Sr. director:

A propósito de la entrevista a César Aira publicada en la revista *Letras Libres* y en el suplemento *ADN* del diario *La Nación*, y porque respeto al colega —a quien leo con placer desde *Enma, la cautiva*—, quiero hacerle un par de precisiones, ya que me siento equívocamente aludido en una de sus respuestas. En un ambiente en el que no se suelen debatir ideas y lo que sobra son mezquindades, no está mal disentir con respeto y sin ánimo de “polemizar”, que como él y yo sabemos es materia favorita del peor periodismo cultural.

En realidad, comparto casi todo lo que Aira sostiene en la entrevista, que leí gratamente impresionado por la profundidad de muchas de sus ideas. Sobre todo cuando se refiere a la actividad del escritor y su posición ante el mundo y su propia obra. Coincido en que la literatura no tiene una función social importante (yo agregaría que ni tiene por qué tenerla); que siempre ha sido minoritaria y que es una opción como cualquier otra; que es una tontería (el calificativo es mío) pretender la obligatoriedad de la literatura; y que es más probable encontrar la felicidad en cualquier actividad antes que en la literatura. Hasta ahí, de acuerdo.

Pero lo que me inquieta —y confieso que me fastidia— es que Aira dice que la promoción de la lectura “se ha puesto de moda” y “hay hasta fundaciones que se dedican a eso. Yo sospecho que todos los que hacen ese trabajo, y cobran muy buenos sueldos por hacerlo, no leen nunca”. Y dice después: “Los que sí leemos no somos tan proclives a promover la lectura. Quizá porque hemos aprendido que es la actividad más libre que uno puede hacer.”

Obvio que me siento tocado. Y obligado a clarificarlo. Yo presido una fundación dedicada al fomento de la lectura en una sociedad que fue lectora y dejó de serlo. La Argentina fue el principal productor y exportador de libros de América, y el país donde se traducía todo el conocimiento universal a la lengua castellana. Nuestros libros y revistas formaban ciudadanos en todo el continente y en toda nuestra lengua. Y eso porque el imaginario lector de nuestros abuelos, inmigrantes o criollos, se basaba en que el camino para el ascenso social eran el libro y la lectura.

Fue el discurso autoritario de que el libro era subversivo —que prendió en todos los sectores sociales— el que en apenas treinta años destruyó ese imaginario sustituyéndolo por el que propuso esa pésima educadora que es la televisión. El libro y la lectura fueron subversivos porque el saber lo era. El conocimiento, el pensamiento libre, la expresión de las ideas, todo era considerado peligroso. Los libros se quemaban; bibliotecas enteras fueron destruidas; escritores y poetas asesinados, y con todo ello *la lectura fue la gran perseguida*: el desaparecido 30.001. El resultado está a la vista: la lectura rota imperando en una nación de no lectores.

Aira puede no tener interés en todo esto, quizá porque no le importa lo social, y allá él, no lo juzgo. Pero debería ser más respetuoso del trabajo de los demás. Porque somos muchos y

muchos los que trabajamos para restañar esa herida. Y no por nostalgia, sino por la convicción de que el ascenso social no depende del desarrollo económico, sino del desarrollo cultural. Ni Aira ni ningún otro colega tiene que compartir esto, pero sí cabe exigirles respeto. Sobre todo porque es un trabajo voluntario, o sea gratuito.

Aira está equivocado en las dos sospechas temerarias y prejuiciosas que enuncia: no se “cobran muy buenos sueldos” en el campo de la promoción lectora, que yo sepa, y en mi caso no he cobrado jamás por esta tarea a la que me dedico desde hace más de veinte años. Y como presidente de una ONG sin fines de lucro, lo tengo, además, prohibido por ley.

En cuanto a la sospecha de que “no leen nunca”, es demasiado presuntuosa. No tiene sentido comparar las bibliotecas leídas por cada uno de nosotros. Ha de haber los que no leen, sin dudas, en el fomento de la lectura como en otras disciplinas, pero es arrogante la idea de que “yo sí leo y los demás no”.

Finalmente, respecto de la libertad de la lectura, el enunciado de Aira me parece superficial. Todo buen lector sabe que la libertad de lectura es un valor inestimable y que de eso, precisamente, se trata. Pero también se trata de garantizar las condiciones de esa libertad, para que quienes elijan leer tengan qué y dónde. Y esa es una labor que no siempre el Estado puede garantizar. Por eso promover la lectura no es “obligar a leer”, sino brindar las condiciones para que el que quiera pueda hacerlo. Un ejemplo para terminar: si de cada cien chicos a los que visita una abuela cuentacuentos, cincuenta eligen quedarse a compartir una lectura y gozan la sesión, estamos ante un ejercicio de libertad que no sería posible si, además, la abuela (que no cobra) no diera su tiempo y su amor. Multiplique, Aira, ahora, el significado de esto teniendo en cuenta que hay más de dos mil abuelas cuentacuentos visitando semanalmente centenares de escuelas e instituciones en todo el país, donde de otra manera los chicos no podrían acceder a ninguna lectura. —

— MEMPO GIARDINELLI

DE CUMBRIA A LA ROMA

Estimado director:

Mi amigo Héctor Manjarrez, tan diestro escritor como perspicaz lector, tuvo la bondad de señalarme, en relación con mi ensayo “Un peatón converso (el otro día)” publicado en diciembre de 2009 en *Letras Libres*, que: a) la británica región de los Lagos no está en el altiplano escocés, según escribí erróneamente, sino “en los lowlands ingleses, en un condado que inventaron no hace mucho y llamaron, como si fueran romanos, Cumbria”; y b) que las calles de Guadalajara y Acapulco, al igual que la acera de números pares de la avenida Veracruz, no están en la Condesa, según yo creía y me cuesta trabajo dejar de creer, sino en “la belicosa Roma”.

Admirador de *Recollections of the Lakes and the Lake Poets*, del gran Thomas de Quincey, no sé de dónde diablos saqué la idea de que los Lagos estaban en Escocia. Más misteriosa aún me resulta la noción de que la Condesa se extiende hasta

Durango y calles transversales: sólo que, por ser oriundo de la última cuadra de Mazatlán, hoy profanada por el Circuito Bicentenario antes Interior, yo haya querido inconscientemente que la colonia de mi infancia no terminara nunca.

Haré las correcciones pertinentes si alguna vez recojo mi ensayo en un libro. —

— ÁLVARO URIBE

ACOTACIONES A COTA

Sr. director:

La nota de Ramón Cota Meza “Atando cabos guadalupanos” (*Letras Libres*, diciembre de 2009) incluye varios puntos de interés que serán útiles para aclarar los orígenes del culto guadalupano. Para contribuir a ese esclarecimiento anoto brevemente algunas precisiones.

Respecto al topónimo Tepeyac (Tepeyácac, en náhuatl, y Tepeaquilla, como decían los españoles en el siglo XVI), debe recordarse que este significa “en la nariz del cerro”, esto es “en la prolongación del cerro”, y que muchos topónimos se repiten y encuentran en diferentes lugares (la entonces península de Tepeyácac era una prolongación en el lago de Tetzoco de la Sierra de Guadalupe). Es por esto que, aunque es posible, no es probable que el topónimo Tepeyácac (o Tepeaca) sea originario de Tlaxcala o los valles poblanos, como afirma Cota Meza.

En cuanto al Tepeyac guadalupano que nos interesa, la mención más antigua de Tepeaquilla que encontré es de 1528, está en las actas de cabildo de la ciudad de México y se refiere, entre otras cosas, a “la cibdad de Tepeaquilla”. De modo que sí existía un asentamiento humano allí. Cota Meza menciona que el capitán Gonzalo de Sandoval lo habría desalojado al instalar allí su guarnición, y es probablemente lo que sucedió, pero más bien antes, durante la brutal campaña de Cortés que machacó los pueblos ribereños antes del sitio de la ciudad.

Después de 1528 siguen las referencias a tierras, aguas, ríos, manantiales, huertas, macehuales de Moctezuma y ejidos de la ciudad de México en Tepeaquilla, y la primera alusión a una iglesia allí es de 1554. Pese a que no se menciona cuál es la devoción de esta iglesia, es una referencia importante porque se encuentra en un libro impreso, ese mismo año, conocido como los *Diálogos latinos*, o *México en 1554*, del humanista español Francisco Cervantes de Salazar. Allí el dialogante Zamora (que representa al fallecido obispo Zumárraga) le muestra a Alfaro (que representa al recién llegado arzobispo Montúfar) varios pueblos y sus iglesias, que pueden verse desde el cerro de Chapultepec: “Tezcucus, Tlacuba, Tepeaquilla, Escapuzalcus, Cujacanus, Istapalapa.” De modo que, cuando menos entonces, Tepeaquilla era un asentamiento de cierta importancia.

La siguiente referencia a la iglesia del Tepeyac se encuentra en el *Mapa de Uppsala*, que me he atrevido a fechar hacia octubre-noviembre de 1555, y aparece con el nombre, algo españolizado, de Tepeaca.

Las siguientes referencias al Tepeyac, y ya al culto guadalupano allí, se encuentran en la *Información de 1556*, mandada hacer

por el arzobispo Montúfar para defenderse de las acusaciones del franciscano fray Francisco de Bustamante, pero debe aclararse que no hay mención allí, ni para rebatirlas ni para afirmarlas, de ninguna aparición, como lo menciona Cota Meza. Las primeras menciones, generales, sobre la aparición de la Virgen de Guadalupe se encuentran en los *Anales de Juan Baptista*, del siglo XVI, y en la *Séptima relación* de Domingo Chimalpáhin, de comienzos del XVII, y ambas las ubican en 1555-1556, fecha de una gran inundación y de grandes obras en la ciudad de México. Por ello, mi impresión es que la presencia del glifo de Tepeyácac (un cerro con una nariz) en el *Códice de Tlatelolco* sí se refiere a nuestro Tepeyac guadalupano, puesto que se ubica precisamente en 1555-1556 (como lo descubrieron Perla Valle y Xavier Noguez, que por cierto no es jesuita) y representa las grandes obras de ese año y otros elementos significativos.

La primera referencia a las apariciones de 1531 a Juan Diego se encuentra en el libro de 1648 del sacerdote Miguel Sánchez y en el libro en náhuatl de 1649 del también sacerdote Luis Lasso de la Vega, que no es ni un sermón ni un canto. Pero, aunque James Lockhart es uno de mis muy queridos y admirados maestros, es importante tener claro que, aunque no hay certeza de que el relato en náhuatl de las apariciones guadalupanas fue originalmente escrito en el siglo XVI, tampoco hay certeza de que sea del siglo XVII. La investigación sigue abierta. —

— RODRIGO MARTÍNEZ BARACS

